

# Los relicarios góticos del Santo Sepulcro (siglo XIII) y de la Santa Espina (siglo XV) de la catedral de Pamplona

JAVIER MARTÍNEZ DE AGUIRRE\*

El relicario del Santo Sepulcro (fig. 1) sobresale entre todas las piezas que conforman el panorama de la platería medieval conservada en Navarra<sup>1</sup>. Su calidad lo ha hecho merecer la atención de reconocidos especialistas y lo ha llevado a algunas de las exposiciones más celebradas de las últimas décadas<sup>2</sup>. Los estudiosos coinciden en afirmar su filiación parisina y su realización durante la segunda mitad del siglo XIII, pero no unifican criterios a la hora de concretar la cronología.

Tradicionalmente venía siendo considerado regalo de San Luis con motivo del matrimonio de su hija Isabel con Teobaldo II, rey de Navarra (1253-1270) y conde de Champaña, lo que incluso llevó a bautizarlo como “relicario de San Luis”<sup>3</sup>. En tal caso, su fecha de realización sería previa al enlace de 1255<sup>4</sup>. Frente a esta datación, en las últimas décadas diversos autores (espe-

\* Universidad Rovira i Virgili (Tarragona)

<sup>1</sup> La investigación aquí desarrollada se ha llevado a cabo en el marco del proyecto “La muerte en la Navarra medieval”, que cuenta con financiación del Gobierno de Navarra (resolución 96/2000 de 15 de diciembre), de la Universidad de Navarra y del Ministerio de Educación y Cultura (referencia PB98-0220).

<sup>2</sup> Por citar sólo las más recientes, ha acudido en 1998 a “L’art au temps des rois maudits. Philippe le Bel et ses fils 1285-1328”, celebrada en París, y en 2000-2001 a la muestra titulada “Tesoro sagrado y monarquía en la España medieval”, con sede en San Isidoro de León.

<sup>3</sup> Como “relicario del Santo Sepulcro o de San Luis” aparece catalogado en: M. C. GARCÍA GAINZA y M. C. HEREDIA MORENO, *Orfebrería de la catedral y del Museo Diocesano de Pamplona*, Pamplona, 1978, p. 48.

<sup>4</sup> Aunque la bibliografía navarra, desde Moret, fechaba el enlace matrimonial en 1258, la francesa había demostrado su celebración en 1255, por ejemplo H. D’ARBOIS DE JUBAINVILLE, *Histoire des ducs et des comtes de Champagne, t. IV, 1181-1285*, París, 1865, pp. 357-360, quien incluye variadas referencias sobre la celebración y la dote de la reina.



Fig. 1. Relicario del Santo Sepulcro de la Catedral de Pamplona. Estado actual (foto autor).

cialmente Gauthier y Gaborit-Chopin) han propuesto, basándose en criterios de comparación estilística, una elaboración más tardía, a finales del siglo XIII o incluso en los primeros años del XIV, a instancias de la reina Juana I de Navarra (1274-1305), residente en París, donde casó en 1284 con Felipe IV el Hermoso, o por encargo de su hijo Luis el Hutín (1305-1316), quien vino a coronarse a la catedral de Pamplona en 1307<sup>5</sup>.

Quizá el episodio más confuso en lo relativo a su historia consista en haber alojado durante siglos una santa espina. Desde tiempos medievales esta concreta reliquia ha gozado en Pamplona de mayor devoción que la del santo sudario y otras de la Pasión contenidas en el mismo relicario. Por esta razón, el que hoy llamamos relicario del Santo Sepulcro recibió antiguamente también la denominación de relicario de la Santa Espina<sup>6</sup>. El problema se agudiza por la existencia en la propia catedral pamplonesa de un segundo relicario, esta vez conocido específicamente durante el siglo XX como de la Santa Espina (fig. 2). Se trata de una pieza realizada a comienzos del siglo XV y dotada de ciertas peculiaridades, entre ellas el que su forma no tenga nada que ver con la reliquia que hoy custodia<sup>7</sup>. Los historiadores que se han enfrentado al problema manifiestan su extrañeza ante estas circunstancias, sin acabar de resolver las paradojas.

Planteemos por tanto los interrogantes. Hemos de partir de la evidencia: hoy en día existen dos relicarios, el del Santo Sepulcro, constituido por un templete que aloja una hermosísima *Visitatio Sepulcri*, y otro denominado de

<sup>5</sup> La cronología tradicional había sido asumida por la bibliografía internacional: E. STEINGRÄBER, "Beiträge zur Gotischen Goldschmiedekunst Frankreichs", *Pantheon*, 1962, pp. 156-161. La retrasó en una breve mención M. M. GAUTHIER, *Émaux du moyen âge occidental*, Friburgo, 1972, p. 196. La misma autora detalló sus argumentos en *Les routes de la foi. Reliques et reliquaires de Jérusalem à Compostelle*, Friburgo, 1983, p. 154. Su hipótesis pronto contó con la aceptación de especialistas españoles: M. C. HEREDIA, "Relicario del Santo Sepulcro" en *Orfebrería de Navarra*, Pamplona, 1986, pp. 27-29 (rectifica así la cronología tradicional que había mantenido en la obra citada en la nota 3). D. GABORIT CHOPIN, "Reliquaire du Saint-Sépulcre", en *L'art au temps des rois maudits. Philippe le Bel et ses fils 1285-1328*, París, 1998, p. 195-196, aporta nuevas comparaciones estilísticas que la llevan a datarlo en los últimos años del siglo XIII o incluso en los inicios del XIV, como ya había anunciado en "La Châsse de Nivelles et les arts précieux", en el catálogo de la exposición *Un trésor gothique. La châsse de Nivelles*, París, 1996, pp. 254-255. La bibliografía navarra reciente, básicamente descriptiva, se hace eco de las novedades: M. C. GARCÍA GAINZA y J. J. AZANZA LÓPEZ, "Orfebrería", en *La catedral de Pamplona 1394-1994*, Pamplona, 1994, t. II, pp. 95-96; M. C. GARCÍA GAINZA, M. ORBE, A. DOMÉÑO y J. J. AZANZA, *Catálogo Monumental de Navarra. V\*\*\* Merindad de Pamplona, Pamplona*, Pamplona, 1997, p. 90-91. Más novedosa resulta la ficha de catálogo de A. de ORBE y SIVATTE, "Relicario del Santo Sepulcro", en *Maravillas de la España Medieval. Tesoro Sagrado y Monarquía*, León, 2000, p. 409-410. Muy recientemente, defiende la cronología tradicional con sólidos argumentos R. SUCKALE, "Réflexions sur la sculpture parisienne à l'époque de Saint Louis et de Philippe le Bel", *Revue de l'Art*, n° 128 (2000-2), p. 36-37. Agradezco vivamente a R. Didier que llamara mi atención sobre este interesante artículo.

<sup>6</sup> Como "relicario del Sepulcro y de la Santa Espina" lo cita F. DE ALVARADO (M. Arigita), *Guía del viajero en Pamplona*, Madrid, 1904, p. 51.

<sup>7</sup> Existen formas especialmente adecuadas para los relicarios que contenían espinas de la corona de Cristo, como el diseño en corona que adoptó el conservado en el Museo Diocesano de Namur, de comienzos del siglo XIII (y también el desaparecido del convento de los trinitarios de París), el cruciforme dispuesto para el de la iglesia de Orval, o las cápsulas-custodia realizadas mediante cristal de roca tallado en forma de almendra que encontramos en los relicarios de Saint Maurice d'Againe y San Francisco de Asís, ambos elaborados hacia 1260: M. M. GAUTHIER, *Les routes de la foi. Reliques et reliquaires de Jérusalem à Compostelle*, Friburgo, 1983, p. 108, 109 y 137; y E. TABURET-DELAHAYE, "Reliquaires de saintes Épines données par saint Louis. Remarques sur l'orfèvrerie française du milieu du XIII<sup>e</sup> siècle", *Cahiers Archéologiques*, 47 (1999), pp. 205-214.



Fig. 2. Relicario de la Santa Espina de la Catedral de Pamplona. Estado actual (foto autor).

la Santa Espina, formado por un edículo que sostiene un fanal cristalino. Como he dicho, las fuentes anteriores al siglo XX tienden a confundirlos, puesto que sitúan la reliquia de la espina dentro del dedicado al Santo Sepulcro, pero no mencionan el otro, el que hoy llamamos de la Santa Espina. ¿Desde cuándo contuvo el relicario del Santo Sepulcro la reliquia de la santa espina? ¿Cuándo y por qué fue esta reliquia trasladada al relicario de la Santa Espina que hoy la guarda? ¿Habría existido acaso, como alguna investigadora supone, un tercer relicario destinado a la santa espina, elaborado en el siglo XIII y destruido durante el asalto de la catedral en 1276? ¿Sirvió el actual relicario de la Santa Espina a otro fin antes de recibir esta concreta reliquia? Fuentes literarias y gráficas hasta ahora no empleadas en la investigación permiten resolver todos estos interrogantes. Las conclusiones van más allá de la cuestión devocional, puesto que replantean la cronología del relicario del Santo Sepulcro, en el sentido de aportar argumentos apropiados para recuperar la antigua vinculación con el rey Teobaldo II quien lo habría regalado a la catedral pamplonesa.

### 1. EL RELICARIO DEL SANTO SEPULCRO Y LA RELIQUIA DE LA SANTA ESPINA

Averiguar cuál fue la dedicación original del relicario del Santo Sepulcro ayuda a comprender su iconografía e incide de lleno en la polémica acerca de su cronología. Ya he dicho que muchos lo han considerado regalo de San Luis, argumentando que contenía una espina por él donada. Sin embargo, tal dedicación en ningún modo se corresponde con la escena desarrollada en el interior del templete, que muestra la visita de las Tres Marías al Santo Sepulcro durante la mañana del domingo de Resurrección (fig. 3).



Fig. 3. Relicario del Santo Sepulcro. Detalle de la *Visitatio Sepulchri* (foto autor).

La historiografía venía atribuyendo la primera noticia escrita sobre el relicario a José de Moret, historiador jesuita navarro que en el siglo XVII redactó los *Anales del reino de Navarra*:

De esta vez parece cierto fué el traer D. Teobaldo á Navarra la inestimable reliquia de la espina de la Corona del Salvador del mundo que, colocada en riquísimo relicario, se adora en el sagrario de la iglesia de Santa MARIA de Pamplona. La cual el santo rey Luis hizo quitar de la corona del Salvador, que se conserva en el monasterio insigne de S. Dionisio de París, entierro de los reyes de Francia; y la donó al rey D. Teobaldo, su yerno, como don nupcial y entre cariños de la despedida con su hija. Dos espinas sagradas venera en su tesoro de reliquias la iglesia de Pamplona: esta ciertamente donada por el rey S. Luis; la otra se cree traída por D. Teobaldo, el padre, de vuelta de su jornada a Jerusalén<sup>8</sup>.

Advirtamos que el analista sólo indica que la espina era regalo de San Luis, sin aludir al origen o promotor del “riquísimo relicario”. Aunque no exista documentación escrita para el caso que nos ocupa, sabemos que la donación de reliquias fue frecuente por parte de San Luis, por lo que tal hecho parece verosímil.

Sin embargo, existen noticias muy anteriores que sí hablan de la donación del relicario, la más antigua de las cuales nunca ha sido citada. En una publicación del año 2000 llamé la atención sobre un pasaje de la *Crónica de los Reyes de Navarra*, escrita por el Príncipe de Viana hacia 1454<sup>9</sup>. El capítulo dedicado a Teobaldo II expone que este monarca:

casó con donna Ysabel, fija del rey Sant Luys de Francia, e juró los fueros en su elebatió; e fue muy gracioso a todos e obediente a la Yglesia; e truxo de París a Sancta María de Pomplona el grant e fermoso reliquiario de plata con la sancta reliquia de la Espina e muchas otras reliquias que su suegro avía dado<sup>10</sup>.

Pues bien, don Carlos lo escribió inspirándose directamente en la *Crónica de los Reyes de Navarra* redactada por Garci López de Roncesvalles, tesoro de Carlos III el Noble, en 1405. Con términos semejantes informa acerca de Teobaldo II:

marido de donna Ysabel, fija del rey Sant Loys de Francia, et los fueros en su elevación a Pamplona iuró. Este rey fue mucho gracioso a todos et hobedient a la Yglesia, et traxo de Paris a Sancta María de Pamplona el grant et fermoso reliquiario de plata con la sancta reliquia de la Espina et muchas otras reliquias que su suegro li había dadas<sup>11</sup>.

La noticia, pese a su carácter escueto, resulta muy significativa, debido al reducido número de referencias a obras artísticas contenidas en ambas crónicas o en cualquier otra de las narraciones medievales navarras. ¿Se refieren re-

<sup>8</sup> J. de MORET, *Anales del reino de Navarra*, Tolosa, 1890 (Pamplona, 1675), t. IV, p. 337.

<sup>9</sup> J. MARTÍNEZ DE AGUIRRE, “Tesoro Sagrado y Monarquía en la Navarra medieval”, en *Maravillas de la España Medieval. Tesoro Sagrado y Monarquía*, León, 2000, p. 301. También menciona dicho texto en la misma publicación A. DE ORBE Y SIVATTE, “Relicario del Santo Sepulcro”, pp. 409-410.

<sup>10</sup> C. ORCÁSTEGUI, *La crónica de los Reyes de Navarra del Príncipe de Viana (Estudio, Fuentes y Edición crítica)*, Pamplona, 1978, p. 169.

<sup>11</sup> Fue escrita como encabezamiento de su primer compto. El pasaje en C. ORCÁSTEGUI GROS, *Crónica de Garci López de Roncesvalles. Estudio y edición crítica*, Pamplona, 1977, p. 70-71.

almente al relicario que hoy llamamos del Santo Sepulcro? Demostraré que sí mediante el análisis de las cuatro afirmaciones con las que ambos cronistas caracterizan la pieza:

a) En cuanto a su forma y consistencia, que era de plata, grande y hermoso.

b) En cuanto a su origen, que fue traído desde París a la catedral pamplonesa.

c) En cuanto a su promotor, que fue donado por el rey Teobaldo II.

d) En cuanto a su destino, que desde que llegó a Pamplona durante su reinado contuvo la reliquia de la santa espina y muchas otras que había dado San Luis. Nótese que el cronista ni da nombre al relicario ni lo describe, sino que habla de las reliquias en él custodiadas, y para él la más señalada era la citada espina.

Veamos si las cuatro afirmaciones pueden predicarse del relicario del Santo Sepulcro. No me detendré en ponderar su belleza, incuestionable lo contemplemos con ojos contemporáneos o con ojos medievales. Fue realizado en plata, combinada con otros metales. En cuanto a su tamaño, el calificativo de grande se valora mejor tras comparar sus dimensiones (88 cm de altura y 38,5 x 24,5 cm en la base) con las de los restantes relicarios conservados en Navarra y existentes en tiempos de Garci López de Roncesvalles o de don Carlos. Muy cercano en fechas a la redacción de la crónica del Príncipe es el de Santa Bárbara de la parroquia de San Agustín, que alcanza justo la mitad de altura (44 cm, por 13 x 18 de base). El magnífico de San Saturnino en su parroquia pamplonesa (datado por inscripción en 1389) llega en la actualidad a los 58 cm de alzada por 24 x 27 de base. Los otros dos relicarios de brazo de San Pedro de la Rúa de Estella miden 47 cm x 10 de base uno y 48 x 12 el otro. Otra espléndida pieza como es el llamado relicario del Lignum Crucis de la catedral de Pamplona tiene 65 cm de alto por 40 x 30 de base. El conocido como "Ajedrez de Carlomagno" de Roncesvalles, 47 x 57 cm; el del Lignum Crucis de San Miguel de Estella, 54,5 cm de altura; y el de los Santos Inocentes de la misma iglesia, 35 cm de alto por 13,5 de base. Todavía más pequeño es el de San Martín de Urzainqui (33 cm de altura por 16,5 x 10 de base)<sup>12</sup>. El del Santo Sepulcro es, por tanto, el más grande y con diferencia entre los relicarios navarros medievales.

Especialmente significativo resulta el parangón con el relicario llamado hoy de la Santa Espina en la seo pamplonesa. Nadie pudo haberlo calificado de grande, dado que sólo alcanza 30 cm de altura (incluyendo el fanal añadido en el siglo XVII) por 15 de base. Tampoco destaca por su hermosura y desde luego no vino de París, puesto que fue marcado con la señal de Pamplona. Evidentemente, ni Garci López ni don Carlos estaban escribiendo sobre él.

La segunda afirmación se refería a su origen parisino, certificado tanto por su calidad como por la clarísima dependencia formal de modelos de la Sainte Chapelle, que fue puesta de manifiesto por M. M. Gauthier<sup>13</sup>. Esta investigadora afirmó que su forma general estaba inspirada en la *Grande Châsse*

<sup>12</sup> Las medidas están tomadas de M. C. HEREDIA MORENO y M. ORBE SIVATTE, *Orfebrería de Navarra. 1. Edad Media*, Pamplona, 1986.

<sup>13</sup> M. M. GAUTHIER, *Les routes de la foi. Reliques et reliquaires de Jérusalem à Compostelle*, Friburgo, 1983, p. 154.

(grandioso relicario mandado realizar por San Luis) y en la tribuna que la alojaba dentro de la capilla del palacio real parisino<sup>14</sup>, y que la flecha que lo corona le recordaba a la antigua flecha exterior del mismo edificio, cuya apariencia fue copiada en las *Muy Ricas Horas del Duque de Berry*.

Por lo hasta aquí visto, al relicario del Santo Sepulcro y sólo a él entre los que conocemos en Navarra (e incluyo no sólo los conservados, sino todos aquellos de los que existen referencias documentales) le cuadran perfectamente los calificativos de grande y hermoso, hecho de plata y la referencia a su origen.

Por el contrario, ha sido discutido que lo hubiese regalado Teobaldo II. Gauthier, Heredia y Gaborit-Chopin han considerado que es creación más tardía, regalo de un monarca posterior. Las preferencias han ido hacia la reina Juana I de Navarra, casada con Felipe IV el Hermoso, en relación con dos hechos: la hipotética compensación por el pillaje de la catedral pamplonesa a manos de tropas francesas, con motivo de la guerra de la Navarrería (1276), y la celebración de su boda en 1284. También se planteó si podría haberlo donado Luis el Hutín con motivo de su visita a Pamplona de 1307, pero el hecho de que no aparezca mencionado entre las obras que encargó dicho rey en París para su partida hacia el reino pirenaico llevó a D. Gaborit Chopin a descartar esta posibilidad<sup>15</sup>. Dejaremos para más adelante esta cuestión, que retomaremos una vez aclarada la confusión acerca de su contenido sagrado.

Queda la cuarta afirmación, la relativa a su destino. Los dos cronistas señalan que contenía una espina y muchas otras reliquias donadas por San Luis. Un grave inconveniente a la hora de identificar el relicario del Santo Sepulcro con el que alojó la espina ha radicado en el contenido del sarcófago de plata. Los estudiosos han repetido que viene custodiando hasta nuestros días un receptáculo de oro con una inscripción en letras doradas sobre esmalte azul: *DE SUDARIO DOMINI*. Esta circunstancia les ha llevado a pensar que no podía haber sido relicario de la santa espina uno que tan claramente estuviera dedicado al santo sudario.

Sin embargo, no es la única reliquia allí guardada. Resulta muy clarificador conocer la totalidad de su tesoro sagrado, que en esta misma revista publica don Jesús María Omeñaca, quien abrió el sarcófago en 1993<sup>16</sup>. Se trata de la recopilación de fragmentos de las más famosas reliquias de Tierra Santa, entre ellas el santo sudario, pero también porciones del sepulcro del Señor, de la mesa de la Última Cena, del pilar de la flagelación, de la piedra que tapó el sepulcro, del agujero donde fue clavada la cruz, de la lanza que perforó el costado de Cristo, del monte Calvario, del pesebre de la Natividad, etcétera. Constatamos la presencia de partículas de los venerados restos que enriquecían el tesoro de la Sainte Chapelle, como eran el sepulcro del Señor, el santo sudario o la santa lanza, lo que viene a confirmar las palabras de los cro-

<sup>14</sup> Puede comprobarse en los dibujos de la Colección Gaignières publicados por R. BRANNER, "The Grande Chasse of the Sainte-Chapelle", *Gazette des Beaux Arts*, LXXVII (1971-I), p. 6 y 7.

<sup>15</sup> D. GABORIT CHOPIN, "Reliquaire du Saint-Sépulcre", en *L'art au temps des rois maudits. Philippe le Bel et ses fils 1285-1328*, París, 1998, p. 195-196.

<sup>16</sup> Quiero manifestar mi agradecimiento a don Jesús María Omeñaca por las facilidades ofrecidas para el estudio de los dos relicarios, el del Santo Sepulcro y el de la Santa Espina. Menciona las tres reliquias principales, según el registro efectuado en 1993, A. DE ORBE Y SIVATTE, "Relicario del Santo Sepulcro", en *Maravillas de la España medieval. Tesoro sagrado y monarquía*, León, 2000, p. 409.

nistas, en el sentido de que San Luis no sólo regaló la espina, sino también otras preciosas reliquias custodiadas en nuestro relicario<sup>17</sup>.

El tema figurativo elegido, la visita de las tres Marías al Santo Sepulcro, y concretamente el momento en que el ángel muestra el lienzo abandonado sobre el sarcófago, no es exclusivo del santo sudario; en todo caso hace directamente alusión a otra de las reliquias antedichas, el propio sepulcro del Señor. Sabemos que la *Visitatio Sepulcri* fue la iconografía más empleada en el siglo XIII a la hora de representar la Resurrección, repetidísima en múltiples soportes, aunque raras veces en relicarios. De primera impresión podría parecer que este asunto conviene de igual modo tanto a una colección de reliquias de Tierra Santa como a una exclusiva del sudario. No obstante, conviene recordar que el sudario no equivalía a la sábana santa en su totalidad, es decir, al lienzo completo en que fue envuelto el cadáver de Cristo (el representado aquí al borde del sepulcro), sino al paño mucho más pequeño que envolvía la cabeza del Señor, del que no hay señales en la escena pamplonesa. Este matiz coincide con el hecho de que la reliquia del sudario, aunque muy importante, no eclipsaba a todas las demás. Es la mejor presentada, dentro de un recipiente especial cuya silueta reproduce la del fragmento de tela en él conservado. Pero también merecieron recipientes propios, con inscripciones, un fragmento pétreo del Santo Sepulcro († *DE SEPULCRO DOMINI* †) y otro de la mesa de la Última Cena († *DE MENSA CENE DOMINI* †). A mi entender resulta evidente que quien ideó el relicario decidió que la iconografía de la *Visitatio Sepulcri* le permitía alojar todo ese variado tesoro de reliquias en un único receptáculo apropiado por su forma y por su significado.

Pasemos al interrogante siguiente: ¿podría haber formado parte de este conjunto de reliquias desde su origen una santa espina? A comienzos y mediados del siglo XV, la contenía con certeza, junto a muchas otras regaladas por San Luis. Lo mismo sucedía en el siglo XVII. Moret afirma que era un “riquísimo relicario” el que guardaba el preciado fragmento de la corona de la Pasión, alabanza no apropiada al pequeño y tosco relicario que hoy llamamos de la Santa Espina. Aunque hay quien lo duda, entiendo que la expresión *in magno vase argenteo exterius deaurato* con que fue descrito en el siglo XVI el recipiente que contuvo la espina a su llegada a Pamplona, según el manuscrito titulado *Catalogus episcoporum ecclesie pampilonensis*, se refería al relicario que nos ocupa<sup>18</sup>. Y ya en el siglo XIX la descripción que de él hizo Madrazo no deja lugar a dudas, en el sentido de que la espina estaba en el propio relicario del Santo Sepulcro:

El relicario que la contiene figura una urna sepulcral de oro, colocada bajo un templete de lo mismo, del más puro estilo ojival primario, coronado por pináculos y una esbelta torre central con un ángel por remate.

<sup>17</sup> Sobre las reliquias de la Sainte Chapelle: J. M. LENIAUD y F. PERROT, *La Sainte Chapelle*, París, 1991, pp. 53 y 56.

<sup>18</sup> Aportó por primera vez esta referencia A. DE ORBE Y SIVATTE, “Relicario del Santo Sepulcro”, en *Maravillas de la España medieval. Tesoro sagrado y monarquía*, León, 2000, p. 409. La palabra *vas* ha de traducirse por recipiente, no por vaso en el sentido actual. En la Edad Media fue empleada para describir relicarios de formas variadas como el *vas quadratum in modum turris* de Claraval: M. M. GAUTHIER, *Emaux du moyen âge occidental*, Friburgo, 1972, p. 197.

En 1904, Mariano Arigita (bajo el seudónimo de F. de Alvarado) lo identifica como “relicario del Sepulcro y de la Santa Espina” y lo describe de manera pormenorizada, explicando que “en uno de sus costados se halla una pieza vertical amovible, con un tubo de cristal, en que se ve la Santa Espina”. Por tanto, entre finales del siglo XIV y comienzos del siglo XX la espina estuvo dentro de este precioso relicario del Santo Sepulcro. Entonces, ¿por qué y desde cuándo existe un segundo relicario gótico llamado de la Santa Espina?

## 2. EL PROPÓSITO DEL HOY LLAMADO RELICARIO DE LA SANTA ESPINA

Las peculiaridades de este segundo relicario han despistado a sus estudiosos. Durante largo tiempo se creyó también regalo de San Luis, hipótesis descartada una vez identificadas las marcas que aparecen en ambos frentes de la pieza con las propias del burgo pamplonés de San Cernin<sup>19</sup>. En paralelo, su cronología resultaba controvertida, pues había quien lo creía del siglo XIII, mientras otros lo estimaban “moderno”<sup>20</sup>. M. C. Heredia demostró que dichas marcas correspondían a las anteriores al Privilegio de la Unión de Carlos III el Noble (1423)<sup>21</sup>, lo que proporcionó un término *ante quem*, y propuso atribuirlo a iniciativa de la reina doña Leonor (1387-1415).

Quedaban por explicar su destino y sus vinculaciones con la reliquia de la espina. La confusión estaba ligada a las manipulaciones que sufrió el Relicario del Santo Sepulcro en fecha indeterminada, posterior a la visita de Madrazo (años sesenta del siglo XIX) y anterior a 1916, año en que fue fotografiada la pieza para el Archivo Mas<sup>22</sup>. Abordaremos la cuestión a partir de la narración de Madrazo<sup>23</sup>. Empecemos por la imagen con que acompaña su texto. Mientras la arquitectura en miniatura que conforma el relicario del Santo Sepulcro está representada con cierta semejanza, el grupo por ella cobijado no tiene nada que ver con el auténtico. Una comparación cuidadosa revela que tampoco el templete es fidedigno. Evidentemente, no se trata de un dibujo realizado con minuciosidad detallística ante la propia pieza, sino probablemente elaborado a partir de un croquis poco concreto.

La revisión del libro de Madrazo lleva a la conclusión de que este proceder no fue seguido sólo en el caso del relicario, sino que, por ejemplo, páginas más adelante reproduce un dibujo de la arqueta de marfil de Leire, cuyas líneas generales coinciden con la realidad pero cuyos detalles figurativos en el interior de los marcos lobulados fueron completamente inventados. Agravó

<sup>19</sup> J. y M. LARRÁYOZ ZARRANZ, *Historia de la cultura y del arte de Pamplona*, Pamplona, 1977, p. 199.

<sup>20</sup> La atribución al mecenazgo de San Luis sorprendió a URANGA e ÍÑIGUEZ, *Arte*, vol. V, p. 251, quienes lo consideraban “demasiado modesto para un tal destino y fiesta, confirmada por breve de Urbano II (1261-1264)”. Ambos autores dudaban de su cronología medieval: “En realidad es moderno”. En la obra de J. y M. LarráyoZ citada en la nota anterior todavía se creía del “Ducento”, es decir, del siglo XIII (aunque el epígrafe correspondiente venga titulado como “Orfebrería del Trecento”).

<sup>21</sup> M.C. HEREDIA MORENOY M. ORBE SIVATTE, *Orfebrería de Navarra. 1. Edad Media*, Pamplona, 1986, p. 53.

<sup>22</sup> Cliché 15150 serie C. Agradezco a los responsables de la fototeca del Instituto Diego Velázquez del CSIC (Madrid) las facilidades brindadas para la consulta de esta y otras imágenes.

<sup>23</sup> M.C. Heredia advirtió los problemas que planteaba tanto su texto como la ilustración que lo acompaña.

la distorsión el que Madrazo redactara la descripción a partir de tan falseado dibujo. Ello explica que mencione figuras inexistentes en la realidad: “Rodean la urna, en la cual se halla colocada la Santa Espina, las figuras de los personajes que según el sagrado texto asistieron al entierro del Salvador, y en sus ángulos están los soldados romanos que lo custodiaban”. Lo que describe es una escena del Santo Entierro, justamente la que aparece en el dibujo, y no la *Visitatio Sepulcri*.

Una afirmación inmediata permite intuir lo sucedido. Cuenta Madrazo que él había visto la pieza, “cuando hicimos el primer viaje a Pamplona”, momento en que el relicario “se hallaba lastimosamente desfigurado”:

Nuestro ilustrado amigo el señor Mercader, Provisor del Obispado a la sazón, con la sagacidad que le distingue, y guiado por el buen gusto artístico de que tiene dadas relevantes pruebas en varias restauraciones ejecutadas en la Catedral de Pamplona, comprendió, mientras examinábamos juntos la curiosa alhaja, que algo de anormal y bastardo había en ella. Era nada menos que una pieza vertical, en forma de tubo, donde inoportunamente había sido colocada la reliquia sacándola de la urna ó sepulcro; pieza que tapaba y desfiguraba todo un costado del fino y diáfano templete gótico. Bastóle un cuarto de hora para quitar aquel pegote con unos alicates, y la alhaja recobró su sér y su elegancia primitiva.

Suponemos que ese primer viaje al que se refiere es el mismo que menciona al hablar de los capiteles románicos de la catedral, lo que nos da una fecha durante los años sesenta del siglo XIX<sup>24</sup>. Dos décadas más tarde, cuando preparaba el texto definitivo, no volvió a estudiar la pieza, lo que le indujo a errores en la descripción.

M. C. Heredia advirtió la confusión y la interpretó del siguiente modo: la espina habría llegado a la catedral regalada por Teobaldo II, quien a su vez la habría recibido de San Luis. Quizá se le hiciera un primer relicario, que podría haber sido destruido por el pillaje de la Guerra de la Navarrería (1276). A comienzos del siglo XV se habría confeccionado el relicario que hoy llamamos de la Santa Espina, que –en su opinión– pudo haber alojado o no dicha reliquia durante un período que no podía concretar. Más tarde, en el siglo XVII, se le añadió un fanal que favorecía la ostensión de la reliquia. Por razones desconocidas, el fanal habría sido incorporado al relicario del Santo Sepulcro, donde lo habría visto Madrazo. Más tarde, el fanal con la espina habría regresado a su relicario del siglo XV, donde todavía se encuentra hoy.

La explicación de Heredia se ajustaba a lo hasta entonces conocido, pero dejaba en el aire cuestiones fundamentales: ¿Por qué habría vuelto la espina al relicario del Santo Sepulcro si ya tenía uno propio? En el caso de que el relicario de la Santa Espina no hubiera sido elaborado para ella, ¿para qué habría servido hasta entonces? ¿Por qué en el pillaje de 1276 habría sido destruido o robado el continente y no su contenido?

Para dar respuesta a estos interrogantes contamos con un testimonio gráfico que muestra cómo era el relicario en tiempos de Madrazo. Han escapa-

<sup>24</sup> “Creemos recordar el pequeño claustro románico, ya desmantelado cuando hace 21 años nos dispensaba la honra de ser nuestro guía, en las primeras visitas a la basílica pamplonesa, el Sr. Mercader, actual obispo de Menorca”: P. de MADRAZO, *España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia. Navarra y Logroño*, Barcelona, 1886, t. II, p. 215.

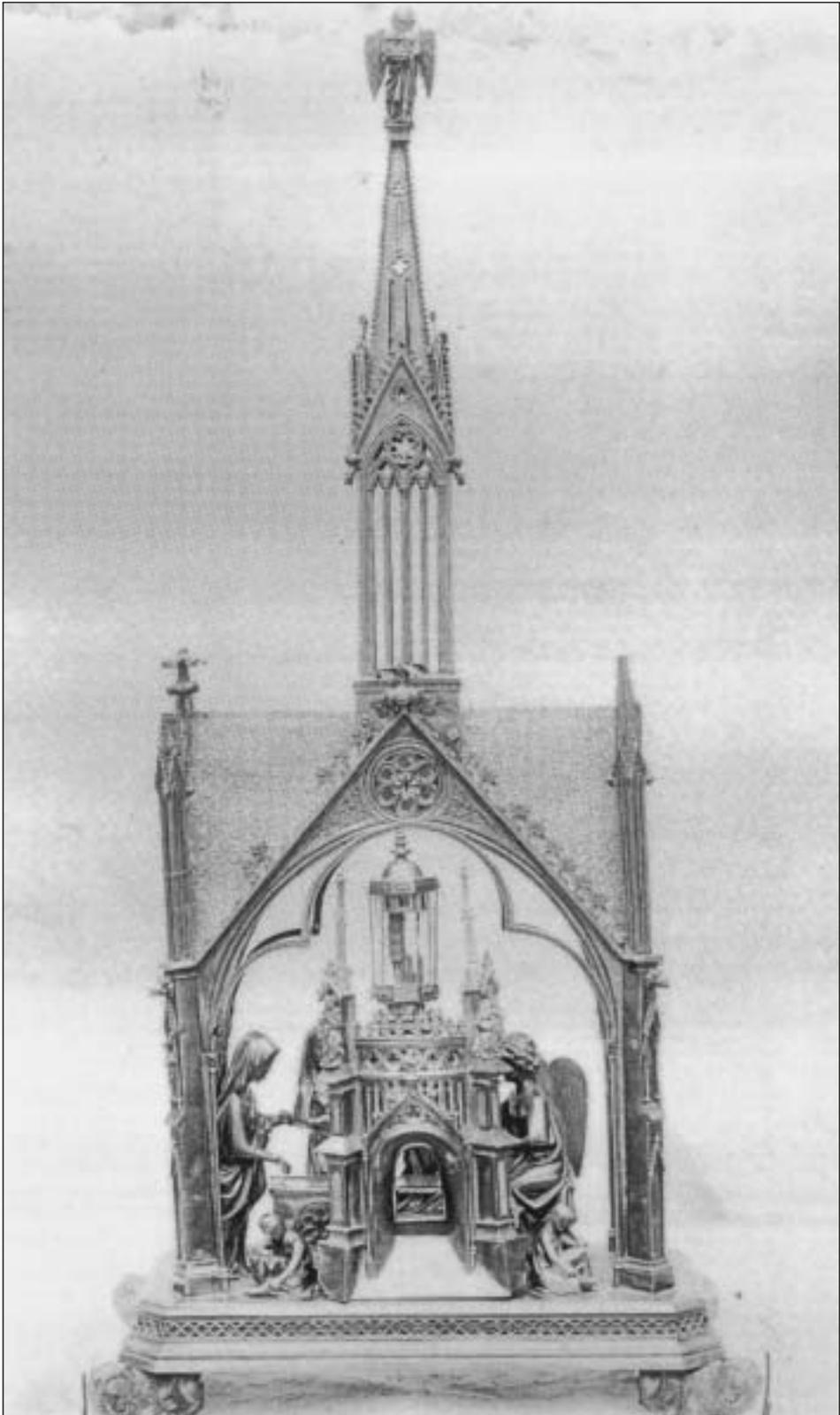


Fig. 4. Relicario del Santo Sepulcro hacia 1910, según lo fotografió Altadill. Adviértase cómo está incorporado el hoy llamado relicario de la Santa Espina (foto Archivo de Patrimonio Histórico, Institución Príncipe de Viana).

do hasta el momento a los historiadores que se han ocupado de la obra —entre los que me incluyo— las implicaciones derivadas de una fotografía publicada en 1914. Se trata de una imagen tomada por Julio Altadill (1858-1935), miembro muy activo de la Comisión de Monumentos de Navarra, en cuyo seno desarrolló dos facetas que aquí nos interesan: la de escritor acerca de los más variados temas relativos al patrimonio navarro y la de fotógrafo<sup>25</sup>. Él fue el autor de buena parte del tomo correspondiente a Navarra en la *Geografía General del País Vasco-Navarro*, que dirigió Francisco Carreras y Candi. Entre los capítulos introductorios dedicó uno a arqueología y arte, en cuyo desarrollo expuso un breve apartado bajo el título “Riqueza Artística”. Allí incluyó las fotografías de los relicarios del Santo Sepulcro y del Lignum Crucis. Ambas imágenes parecen salidas de su cámara, puesto que en otros casos cita la procedencia del cliché. Pues bien, en la del Santo Sepulcro, que también él denominó “de la Santa Espina” se observa cómo el hoy llamado relicario de la Santa Espina estaba integrado en el del Santo Sepulcro, donde se ajusta con exactitud al hueco que ofrece la arquería original (fig. 4)<sup>26</sup>.

Visto este testimonio entendemos mucho mejor la extraña forma del relicario de la Santa Espina:

a) Su peculiar conformación obedece a que desde el principio fue pensado para incorporarse a una obra preexistente, motivo que explica la ausencia



Fig. 5 Relicario de la Santa Espina. Estado actual (foto autor).

<sup>25</sup> J. R. DE ANDRÉS SORALUCE, “Altadill y Torrenteras de Sancho, Julio”, *Gran Enciclopedia Navarra*, Pamplona, 1990. vol. I, p. 247-249, y E. QUINTANILLA, *La Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra*, Pamplona, 1995, p. 55.

<sup>26</sup> Por fortuna, una imagen semejante a la publicada por Altadill se conserva en el Archivo de Patrimonio Histórico del Gobierno de Navarra, con la signatura C-6-5, procedente de los fondos de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra. Quiero agradecer a Charo Lazcano las facilidades que me ha brindado para la localización de este testimonio gráfico y la consulta de los fondos de dicho archivo.

de basamento (hoy sustituido por una peana de madera, caso único en la platería medieval que conozco).

b) En el frente del edículo se introdujo el diseño más habitual de los sepulcros navarros de la época: un arcosolio rematado en arco conopial con adornos vegetales en el trasdós, que se antepone a un fondo de tracería (fig. 2).

c) Por todo ello, en su apariencia formal carece de elementos que aludan a la reliquia de la Santa Espina que hoy custodia.

La imagen fotográfica de Altadill permite reescribir la historia de ambas piezas. Cuando el relicario del Santo Sepulcro llegó a la catedral de Pamplona también contenía la espina. Aquí en Navarra y antes de 1423, una reina decidió enriquecerlo con un añadido, el de un edículo que evocase su naturaleza sepulcral. Entonces le fue incorporado el estrecho cuerpo en arcosolio (fig. 5). En el siglo XVII fue encargado el fanal para la espina<sup>27</sup>. Por primera vez en la segunda mitad del siglo XIX, a raíz de la visita de Pedro de Madrazo, consta la naturaleza móvil y extraíble del añadido; según explicó, el custodio de la pieza comprendió entonces que en la extraña combinación había elementos dispares y advirtió que era factible su separación<sup>28</sup>. En 1904 Arigita todavía considera una unidad el conjunto formado por ambas piezas, pero recalca el carácter “amovible” de la “pieza vertical (...) con un tubo de cristal, en que se ve la Santa Espina”. Dice que se encuentra en uno de los costados y que “desdice no poco del conjunto del diáfano templete gótico”<sup>29</sup>. En 1914 se publica la fotografía de ambas piezas juntas. Pero en 1916 se toma otra fotografía, para el Archivo Mas, en que el relicario del Santo Sepulcro aparece liberado del añadido (fig. 6). Por esos años la pieza se ponía y se quitaba, como expresa una guía turística de 1929:

Dos espinas de la Corona que ciñó las sienas del Salvador, regaladas por el Rey San Luis de Francia a su yerno Teobaldo de Navarra; están en un estuche-hornacina del siglo xv, pero suelen fijarse en un magnífico relicario, regalo del mismo Rey, figurando el sepulcro del Señor (siglo XIII) con reliquias de Tierra Santa<sup>30</sup>.

Los responsables de la catedral parecían conscientes del efecto negativo producido por la conjunción de ambas piezas. Otra guía de 1930 lo pone de manifiesto:

*Relicario de la Santa Espina.* – Truncada su terminación con moderno y feo pegote, contiene este pequeño relicario gótico (que absurdamente suele, en ocasiones, incrustarse en el gran relicario “del Sepulcro”) dos espinas auténticas de la corona de N.S.<sup>31</sup>

En vista de lo cual optaron por disociar definitivamente el relicario del Santo Sepulcro de sus añadidos, recuperando la inicial presentación con las figuras desenvueltas en torno al sarcófago, acorde con otros magníficos reli-

<sup>27</sup> La cronología del fanal en M. C. HEREDIA, “Relicario de la Santa Espina. Catedral de Pamplona”, *Orfebrería de Navarra. 1. Edad Media*, Pamplona, 1986, p. 53.

<sup>28</sup> Tengo mis dudas sobre si realmente los canónigos pamploneses desconocían la naturaleza del añadido, porque los sistemas de sujeción estaban pensados para que lo incorporado en el siglo XV fuese fácilmente removible.

<sup>29</sup> F. DE ALVARADO, *Guía del viajero en Pamplona*, Madrid, 1904, p. 51.

<sup>30</sup> *Guía turística de Navarra*, Pamplona, 1929, p. 27.

<sup>31</sup> N. ZUBELDÍA INDA, *La S.I. Catedral de Pamplona. Descripción de la misma y relación de sus valores artísticos e históricos*, Pamplona, 1930, p. 55.

carios góticos. De este modo aparece fotografiado repetidas veces a partir de 1960.

El estrecho edículo, entonces independizado, acogió con exclusividad la reliquia de la espina, con lo que pasó a recibir denominación independiente. Desde luego, su forma arquitectónica no tiene nada que ver con la corona de espinas, puesto que no fue realizado con este objetivo, sino buscando completar un relicario del santo sepulcro. Como el añadido había sido concebido para formar parte de otro conjunto, carecía de basamento propio, de tal manera que fue preciso sujetarlo a una peana de madera (fig. 2). Esta operación se realizó en 1946, con motivo de los preparativos para la Coronación de Santa María la Real<sup>32</sup>. A partir de ese momento, ya restaurados ambos relicarios, resulta de todo punto imposible volver a introducir el relicario de la Santa Espina en el del Santo Sepulcro.

### 3. CRONOLOGÍA Y PROMOTORA DEL RELICARIO DE LA SANTA ESPINA

La datación del relicario de la Santa Espina, adelantada por la guía de 1929, fue establecida definitivamente por M. C. Heredia, quien supo reconocer la marca del burgo de San Cernin (uno de los barrios medievales de Pamplona) previa al Privilegio de la Unión de 1423. Dicha historiadora supuso que la figurita de la reina que aparece arrodillada en uno de los pináculos (fig. 7), rezando ante una Virgen con el Niño, habría de corresponder a la última previa a dicha fecha, por lo que la identificó con doña Leonor, falleci-

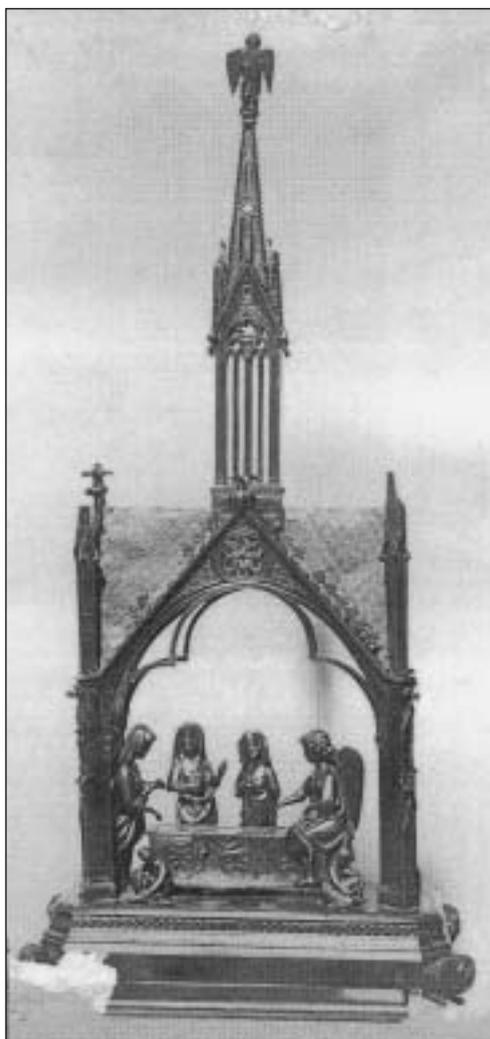


Fig. 6. Relicario del Santo Sepulcro hacia 1916, una vez extraído el hoy llamado Relicario de la Santa Espina y antes de su restauración (foto Archivo de Patrimonio Histórico, Institución Príncipe de Viana).

<sup>32</sup> La elaboración de la peana en nogal, dibujada por el arquitecto José Yáñez Larrosa, costó 274 pesetas y fue obra de los ebanistas pamploneses Ezpeleta y Villares: Archivo de Patrimonio Histórico del Gobierno de Navarra, Legajo 10/7. Todavía una publicación de 1977 incluía una fotografía de esta pieza anterior a la colocación de la peana: J. y M. LARRÁYOZ, *Historia de la cultura y del arte de Pamplona. Primera parte: Antigüedad y Edad Media*, Pamplona, 1977, p. 199.

da en 1415. En consecuencia, el relicario habría sido hecho a comienzos del siglo XV, antes de su muerte.

No es la única hipótesis posible, aunque ciertamente los argumentos esgrimidos son de peso. Propongo aquí otra, que tiene en consideración la forma del arco y sus tracerías, ya que coinciden con alguno de los ejemplares del grupo de sepulcros que empezaron a encargarse personajes del más directo entorno de Carlos III el Noble, a raíz de la realización del sepulcro regio por Johan Lome y su taller (1413-1419). En concreto, el diseño recuerda al sepulcro Villaespesa en Tudela, al de Martín Cruzat el Rico en San Saturnino de Pamplona y a otro sepulcro, hoy utilizado como puerta de la sacristía de beneficiados, en la catedral pamplonesa. Si este razonamiento es acertado, dado que la difusión del sepulcro en arcosolio con tracerías semejantes a las del relicario tuvo lugar en Navarra después del fallecimiento de la reina Leonor (1415), propongo adscribir el encargo del relicario

a su hija Blanca, no cuando fue reina de Navarra (después de 1425), sino tras su regreso de Sicilia en 1415, motivado por la muerte de su marido, el rey Martín el Joven (†1409), y la posterior llegada a la isla del infante don Juan como lugarteniente y gobernador general. Durante una década la documentación navarra siguió llamando reina a la joven viuda. De ser así, el añadido podría haberse realizado entre 1415 y 1423.

Existen apoyos circunstanciales para esta atribución. Por una parte, sabemos que doña Blanca fue muy devota, especialmente de la Virgen María, como lo demuestran sus peregrinaciones a Ujué, al Pilar de Zaragoza, a Guadalupe y a Santa María de Nieva, donde murió y fue enterrada. Por otra, el que decidiera ser representada en forma semejante a ésta (si bien en pie, no arrodillada) en uno de los pilares del claustro de Santa María de Olite. Por desgracia, no conservamos sus cuentas previas a acceder al trono navarro, donde hubiéramos podido documentar la ejecución de la obra. Por último, no resulta habitual que una reina como doña Leonor se hubiera hecho representar ante la imagen de Santa María sola, sin su marido, en vida de éste<sup>33</sup>.



Fig. 7. Relicario de la Santa Espina. Detalle de la reina en oración (foto autor).

<sup>33</sup> No está de más recordar que hasta el momento nadie ha podido identificar este encargo en las cuentas del reinado de Carlos III y doña Leonor, examinadas repetidas veces por diversos investigadores. He de advertir que si el relicario hubiera sido sufragado sólo por doña Leonor, como haría suponer la ausencia de la imagen de su marido, probablemente el pago tampoco habría dejado rastro entre la documentación conservada en los archivos navarros.



Fig . 8. Relicario del Santo Sepulcro. Composición en que se han vuelto a colocar los soldados como estuvieron antes de la restauración del siglo xx (foto autor).

#### 4. CRONOLOGIA Y PROMOTOR DEL RELICARIO DEL SANTO SEPULCRO

##### 4.1. La restauración del relicario en el siglo xx

La separación de ambas piezas también tuvo consecuencias para el relicario del Santo Sepulcro. Las fotografías de Altadill y del Archivo Mas demuestran que quedó un agujero donde había sido emplazado el vástago de sujeción, lo que constituía un daño más entre los que había sufrido la obra con el paso de los siglos (figs. 4 y 6). Lüdke, que se percató de la presencia del orificio, supuso que quizá estuvo destinado a un tercer guardián del sepulcro<sup>34</sup>. Con posterioridad la pieza fue sometida a intervención de cierto empaque. Los soldados que guardan el sepulcro fueron intercambiados de lugar (el de la derecha a la izquierda y viceversa) y posición (ambos miraban en direcciones divergentes —fig. 8—, mientras ahora lo hacen en convergentes). Al mismo tiempo añadieron la crestería del tejadillo, completaron la hojarasca que había orlado los gabletes y repararon los remates de los pináculos. Los vértices de los trilóbulos interiores tenían diminutos orificios para incorporar algún elemento, lo que llevó a los restauradores a soldar hojillas de adorno. Varias figuras presentaban desperfectos: el ángel del remate mostraba rota la parte superior del ala derecha; los soldaditos no portaban ni lanza ni espada; el recipiente que sujetaba la santa mujer a los pies del sepulcro carecía de tapa. Pa-

<sup>34</sup> D. LÜDKE, *Die Statuetten der gotischen Goldschmiede*, Munich, 1983, núm. 216, t. II, p. 586, nota 1.

ra terminar, sobre el suelo no se veían ni tapete, ni jarrita, ni los diminutos cubiletes que hoy lo adornan, sino el orificio antedicho.

La minuciosa intervención hubo de llevarse a cabo después de 1930, pues Zubeldía menciona que “los gables, enriquecidos de cardinas, en que terminan aquellos arcos, así como los pináculos que se levantan sobre los contrafuertes angulares, están bastante deteriorados, pero susceptibles de una perfecta restauración”<sup>35</sup>. La primera fotografía que conozco en que el relicario aparece en su actual estado figura en una publicación de Juan Eduardo Cirlot, datable hacia 1960<sup>36</sup>. Aunque no he localizado todavía documentación que lo confirme, muy probablemente la restauración tuvo lugar con motivo de la Coronación de Santa María la Real de Pamplona (21 de septiembre de 1946), puesto que entonces se llevó a cabo un nuevo altar para la catedral de Pamplona, cubierto por baldaquino metálico inspirado en dicho relicario, y también por entonces se colocó la peana de nogal al relicario de la Santa Espina<sup>37</sup>.

Las transformaciones se vieron facilitadas por la manera como había sido realizada la pieza. Ninguno de los elementos verticales del relicario del Santo Sepulcro está soldado al basamento (fig. 9)<sup>38</sup>. En la actualidad, conservan el antiguo sistema de sujeción, a través de cuñas metálicas, el sepulcro y los cuatro pilares que conforman el edículo. En cambio, en todas las figurillas la antigua cuña había sido sustituida por tornillo fijo mediante palometa de seis lóbulos. Las figuras pueden girar sobre su eje y extraerse o cambiar de ubicación con facilidad (fig. 10). El tapete donde reposan jarrita, vasos, cubilete y dados presenta un tercer sistema de sujeción, mediante anilla. Ciertamente dicho tapete no se ve en las fotografías previas a 1960 lo que lleva a pensar que, o bien en aquel momento estaba guardado aparte del resto del relicario, o bien fue añadido durante el proceso de restauración<sup>39</sup>.

#### 4.2. ¿Encargo de Teobaldo II? Fuentes escritas

Volvamos ahora al asunto de la cronología. Los argumentos a considerar son de diversa naturaleza y, en consecuencia de distinto peso. Por una parte

<sup>35</sup> N. ZUBELDÍA INDA, *La S.I. Catedral de Pamplona. Descripción de la misma y relación de sus valores artísticos e históricos*, Pamplona, 1930, p. 55. La fotografía que incluye la obra de A. L. MAYER, *El estilo gótico en España*, Madrid, 1929, fig. 135, también lo muestra en el estado previo a la restauración.

<sup>36</sup> J. E. CIRLOT, *Navarra*, Barcelona, s.a. Agradezco a don José Gofñi Gaztambide, actual canónigo archivero de la Catedral de Pamplona, que se interesara por la búsqueda de referencias a la restauración en actas capitulares y correspondencia de esos años, lamentablemente con resultados negativos. Igualmente a don Jesús María Omeñaca, quien hizo lo propio en otros fondos documentales con idénticos resultados.

<sup>37</sup> Los plateros que trabajaron para los promotores de la coronación fueron Ramón Sunyer de Barcelona (baldaquino) y Astráin de San Sebastián (tesoro de Santa María): Archivo de Patrimonio Histórico del Gobierno de Navarra, Legajo 10/7. Parece más probable que el barcelonés llevara a cabo la intervención, por la inspiración del baldaquino en el relicario. Agradezco a Mercedes de Orbe la sugerencia de investigar la elaboración de dicho baldaquino, que espero proporcione próximamente la documentación que nos falta.

<sup>38</sup> La estructura arquitectónica y las figuritas fueron realizadas en plata, la decoración arquitectónica en cobre y el basamento en una aleación todavía sin analizar: M. M. GAUTHIER, *Les routes de la foi. Reliques et reliquaires de Jérusalem à Compostelle*, París, 1983, p. 154.

<sup>39</sup> Si se demostrase su añadidura en el siglo XX, el tapete no plantearía el problema iconográfico por la inusual presencia de este elemento, tan propio de la Crucifixión, en una *Visitatio Sepulcri* medieval. Su ausencia en fotos antiguas ya fue señalada por D. LÜDKE, *Die Statuetten der gotischen Goldschmiede*, Munich, 1983, núm. 216, t. II, p. 586, nota 1.



Fig. 9. Relicario del Santo Sepulcro. Vista inferior del basamento en que se aprecia el sistema de sujeción de los elementos verticales (foto autor).



Fig. 10. Relicario del Santo Sepulcro. Composición sin los soldados (foto autor).

están las fuentes escritas, que a mi juicio resultan especialmente valiosas. También lo relativo a su composición, es decir, la idea general de la pieza. En tercer lugar, la utilización o no de ciertas técnicas en los esmaltes que adornan el frente del sepulcro y los óculos de los gabletes. En cuarto, algunos rasgos estilísticos concretos, como modos de trabajar rostros y plegados en las estatuillas. Conviene repasarlos todos antes de proponer una conclusión.

Los escritos sobre la pieza mencionan dos transmisiones (la de San Luis a Teobaldo y la de Teobaldo a la seo pamplonesa) que pudieron afectar a tres objetos diferentes (la espina, el conjunto de reliquias restante y el relicario). Las fuentes del siglo XV exponen que San Luis donó un conjunto de reliquias, no sólo la espina, y resulta muy verosímil porque varias del listado coinciden

con las que sabemos poseía la Sainte Chapelle parisina. Además determinan que el propio relicario con su sagrado contenido fue entregado a la seo pamplonesa por el monarca champañés. Pero los cronistas medievales no detallan si previamente había sido dado por San Luis, ni aluden a la boda.

El *Catalogus episcoporum ecclesiae pampilonensis* del siglo XVI indica que Teobaldo donó la espina en un gran recipiente (*in magno vase*) de plata sobredorada. Moret sólo se preocupó por la santa espina, que considera regalo de boda de San Luis a Teobaldo II, quien a su vez la habría entregado a la catedral. Pero nada indica sobre el origen o la época del relicario<sup>40</sup>. Madrazo añadió sin pruebas que también el relicario había sido regalado por San Luis<sup>41</sup>. Otros autores le siguieron en su atribución, movidos por la excepcional calidad artística de los encargos del rey santo y por la indudable inspiración que el relicario muestra respecto de la Sainte Chapelle, creación mimada de dicho monarca<sup>42</sup>.

Noticias indirectas vienen a aproximar el momento de la llegada de las reliquias a Pamplona. Goñi Gaztambide dedujo su presencia en fechas anteriores a la concesión de indulgencia destinada a quienes visitasen la catedral el día de la festividad de la Santa Espina. Dicha concesión fue gracia del papa Urbano IV (1261-1264). El mismo historiador publicó también la existencia de una referencia documental a la pitanza de los canónigos “en la festa de la Spina” sufragada por la real hacienda en 1265, de la que hay que inferir cierta participación regia en la celebración<sup>43</sup>. Sin embargo, no es posible concretar el año exacto del regalo de las reliquias. El plazo es reducido, entre la boda y estas primeras referencias al culto a la Santa Espina en Pamplona, es decir, entre 1255 y 1264. Es posible que Moret estuviera en lo cierto y que San Luis las entregara con motivo de la boda, pero ciertamente la cercanía entre suegro y yerno perduró hasta el fallecimiento de ambos en la misma expedición africana. La llegada a Pamplona de los venerados vestigios pudo vincularse con la coronación regia de 1258 o quizá con alguna otra visita del monarca champañés.

Otra cuestión es si también el relicario había sido regalado por San Luis o bien fue encargo del propio Teobaldo II, quien a su vez lo donaría a la seo pamplonesa. No es posible averiguarlo, pero sí señalar las diferencias con otros relicarios de santas espinas regalados por el rey Santo. De las veintidós espinas contabilizadas, la mayor parte fueron entregadas entre 1255 y 1270. Los relicarios que las contienen no son uniformes. Dos, los de Agaune y Asís, responden a idénticas pautas: espina alojada en una almendra de cristal de roca, engastada en un óvalo metálico sobre esbelto pie. Otros dos enriquecieron

<sup>40</sup> “[La espina] colocada en riquísimo relicario, se adora en el sagrario de la iglesia de Santa MARÍA de Pamplona”: J. de MORET, *Anales del reino de Navarra*, l. XXII, cap. III, § III; Tolosa, 1890, t. IV, p. 337.

<sup>41</sup> “Precioso relicario regalado al rey D. Teobaldo II por su suegro el rey de Francia, San Luis, que contenía una espina de la corona de Cristo”: P. de MADRAZO, *España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Navarra y Logroño*, Barcelona, 1886, t. II, p. 219.

<sup>42</sup> “Encabeza los relicarios la pieza extraordinaria del Sto. Sepulcro, en el tesoro de la catedral de Pamplona. Según consigna Moret fue regalada por S. Luis, rey de Francia, con motivo de la boda de su hija Isabel con Teobaldo II de Navarra el año 1258”: J. E. URANGA y F. IÑIGUEZ, *Arte medieval navarro*, Pamplona, 1973, vol. V, p. 251.

<sup>43</sup> J. GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de los obispos de Pamplona. I. Siglos IV-XIII*, Pamplona, 1979, p. 646.

en fecha más tardía el óvalo de cristal de roca que probablemente envió el rey santo (Lieja y Château-Chalon). Y otros, como los de Arrás y Orval, presentan formas diversas realizadas mediado el siglo XIII, explicables por contener (como en Pamplona) otras reliquias aparte de la espina<sup>44</sup>. Taburet-Delahaye, que los ha estudiado con detenimiento, concluye que los óvalos de cristal constituían probablemente “el aspecto privilegiado de los relicarios fabricados a demanda de San Luis para las Espinas que hacía sacar de la Corona de la Sainte Chapelle”. Si hubiera existido, cosa que no creo, un relicario independiente destinado sólo a la espina y regalado por San Luis a Teobaldo e Isabel, a buen seguro habría seguido esta tipología. Pero de ahí no podemos deducir que el relicario del Santo Sepulcro fuera encargo de Teobaldo, porque San Luis no entregó sólo una santa espina, sino un riquísimo conjunto de reliquias a las que convenía un lujoso contenedor diferente a los óvalos cristalinos. Encargo de San Luis o de Teobaldo, lo que no puede dudarse es su origen parisino, realizado en un espléndido taller que con igual soltura trabajaba los esmaltes que los elementos arquitectónicos o las figuritas tridimensionales.

Garci López de Roncesvalles y el Príncipe de Viana sostienen que todo vino a la vez, el relicario “grande y hermoso de plata” y su preciado contenido. A mi entender, no se equivocaron. Garci López escribió en 1405. Da por segura la donación, por lo que ni él ni aquellos que le informaron albergaban dudas. Esto nos sitúa, por lo menos, en 1350. Si no lo hubiera regalado Teobaldo II, sino su sobrina Juana I a finales del siglo XIII, ¿sería posible que en sesenta años, desde la supuesta realización y regalo, hubiese desaparecido la memoria del dono y hubiese sido sustituida la identidad del promotor? Me cuesta creerlo, pero es cierto que el paso del tiempo y la debilidad de la memoria juegan malas pasadas. Ya he dicho que es una de las escasas noticias referentes a una obra artística que contienen ambas crónicas, y particularmente no creo que se basase en una falsa tradición, y más cuando la primera noticia relativa a la espina en la seo pamplonesa data del reinado de Teobaldo II. Añadamos que el Príncipe tenía en el asunto doble interés, el de cronista y el familiar, pues concernía a antepasados suyos muy ilustres<sup>45</sup>.

En resumen, las fuentes históricas más cercanas, los cronistas del siglo XV, atribuyen el regalo del relicario y su contenido al propio Teobaldo II. En su interior estarían todas las reliquias de la Pasión del Señor regaladas por San Luis después de 1255, incluyendo la santa espina. Consta la presencia de ésta última en la catedral antes de 1264. Examinemos ahora los argumentos histórico-artísticos para ver si confirman estos datos o los revelan inverosímiles.

### 4.3. Composición del relicario

El relicario del Santo Sepulcro consiste en un templete rectangular de frentes abiertos adornados con trilóbulos (fig. 11). Su tejado a doble vertien-

<sup>44</sup> E. TABURET-DELAHAYE, “Reliquaires de saintes Épines donnés par saint Louis. Remarques sur l’orfèvrerie française du milieu du XIII<sup>e</sup> siècle”, *Cahiers Archéologiques*, 47 (1999), p. 205-214.

<sup>45</sup> No la menciona García de Eugui: C. ORCÁSTEGUI GROS, “Crónica de los Reyes de Navarra de García de Eugui”, *Príncipe de Viana*, XXXIX (1978), p. 568. Ignoran el dato cronistas posteriores como Jaso.



Fig. 11. Relicario del Santo Sepulcro. Estado actual, vista posterior (foto autor).



Fig. 12. Relicario del Santo Sepulcro. Detalle del ángel de la aguja (foto autor).

te culmina en una aguja formada por un cuerpo con tracerías y un esbeltísimo remate piramidal en el que apoya un ángel que sostiene en sus manos una corona (fig. 12), única posible alusión a la presencia de una santa espina<sup>46</sup>. En el interior se desarrolla una escena de la *Visitatio Sepulcri*, con un sarcófago de plata cubierto de cristal, leones en el basamento y frente adornado por tres óculos que contienen esmaltes. El ángel toma asiento en un lateral del sarcófago. Las santas mujeres se reparten: una a un lado y dos detrás del sepulcro. Dos soldaditos dormidos ocupan los extremos, dejando entre ellos espacio para un tapete con dados, una jarra y cubiletes.

Gauthier tuvo el acierto de señalar como modelo directo del relicario pamplonés diferentes elementos de la Sainte Chapelle parisina. Opinaba que sus creadores se habían inspirado en la *Grande Châsse* (el lujoso contenedor destinado a enaltecer la corona de espinas y las restantes reliquias) y en la tribuna en que fue situada. Añadía que la aguja pamplonesa seguía las pautas de

<sup>46</sup> El ángel no porta una corona de espinas, como los que vemos en relicarios más tardíos, sino una corona abierta, pero hemos de recordar que el relicario que alojaba la corona también tenía forma de corona abierta, al menos así fue representada en la escena del traslado de la reliquia por San Luis en una miniatura del Libro de Horas de Juana de Navarra: Bibl. Nat. ms.lat. 3145, f. 12. Puede verse una reproducción en J. M. LENIAUD y F. PERROT, *La Sainte Chapelle*, París, 1991, p. 50.

la del propio tejado de la capilla parisina según había sido representada en una miniatura de las *Muy Ricas Horas del Duque de Berry*<sup>47</sup>.

Ciertamente la fuente de inspiración directa fue el baldaquino que alojaba la *Grande Châsse*, no directamente ésta. La *Grande Châsse* tenía forma de edificio, con su cubierta a doble vertiente y su sucesión de pináculos, pero tres de sus caras presentaban relieves alusivos a la Pasión: en la frontal, Crucifixión con la Virgen, San Juan, Longinos, Stephaton, ángeles, la Iglesia y la Sinagoga. La cara norte mostraba la Flagelación y la sur la Resurrección, con Cristo flanqueado por dos ángeles<sup>48</sup>. Las diferencias con el relicario pamplonés son numerosas, tanto en composición general como en iconografía, a destacar especialmente la ausencia del tema de la *Visitatio Sepulcri*.

En origen la *Grande Châsse* estuvo situada en el centro del presbiterio, no muy elevada. Al parecer, en ella confluían las miradas de los apóstoles de piedra que adornan los pilares de la capilla palatina. Poco después del regreso de San Luis de la Cruzada, en 1254, se produjo una modificación del interior de su cabecera, de suerte que fueron añadidos tribuna y baldaquino. La *Grande Châsse* quedó elevada y aislada respecto de los fieles. El baldaquino consistía en un templete de cuatro pilares, diáfano, con los lados abiertos, trilóbulo bajo los gabletes y cubierta a doble vertiente. Las molduras de los gabletes terminaban en gárgolas. Las reproducciones gráficas conocidas no coinciden en su remate. Mientras una aguada que copió en el siglo XIX una miniatura del misal de Juvenal de los Ursinos, antes de su destrucción por un incendio, muestra un grueso pináculo central y otros dos laterales, otros dibujos más tardíos carecen de ellos. El examen detenido de la aguada revela que existen otros detalles claramente inventados, como ciertos adornos del trilóbulo frontal o la ausencia de gablete, por lo que no resulta completamente fiable. La propia *Grande Châsse* sí que tenía, según los mismos dibujos, una aguja que recuerda a la pamplonesa. Sin embargo, no tenemos elementos suficientes como para dirimir si la aguja pamplonesa se asemejaba más a la de dicha *Grande Châsse* o a la del tejado de la Sainte Chapelle, cuya forma en el siglo XIII desconocemos<sup>49</sup>.

Como se ve, el relicario del Santo Sepulcro era en muchos aspectos un trasunto del baldaquino parisino. Igual que dicho baldaquino había sido construido a partir de 1254 para alojar en su interior la *Grande Chasse* o gran relicario del palacio real, dentro del cual se contenían a su vez relicarios menores (uno

<sup>47</sup> M. M. GAUTHIER, *Les routes de la foi. Reliques et reliquaires de Jérusalem à Compostelle*, París, 1983, p. 154

<sup>48</sup> Sobre este relicario es fundamental el artículo de R. BRANNER, "The Grande Chasse of the Sainte-Chapelle", *Gazette des Beaux Arts*, LXXVII (1971-1), p. 5-18.

<sup>49</sup> La aguja copiada en las *Très Riches Heures du Duc de Berry* en realidad no es la del siglo XIII, sino una reconstrucción del siglo XIV: J. M. LENIAUD y F. PERROT, *La Sainte Chapelle*, París, 1991, p. 28. La aguja que se eleva en el centro del tejadillo pamplonés muestra planta rectangular, con dos frentes más anchos y dos más estrechos. Los anchos despliegan inicialmente una tracería formada por cuatro lancetas de remate trilobulado, que por parejas dan paso a cuadrilóbulos, para terminar en un óculo exalobulado. Este diseño de tracería fue muy frecuente en las décadas centrales del siglo XIII. Lo adoptaron las ventanas laterales de la Sainte Chapelle, pero también lo vemos en Saint Germer de Fly, la catedral de Estrasburgo, etc. Fue perdiendo terreno a finales del siglo ante otros basados en los trilóbulos, especialmente los encerrados en triángulos curvilíneos. No debe ser producto del azar el que una de las últimas grandes iglesias en emplearlo fuera San Luis de Poissy, donde probablemente se buscó una rememoración de la gran obra parisina encargada por el santo al que iba a estar dedicada la nueva iglesia.



Fig. 13. Relicario del Santo Sepulcro. Detalle de ángel bajo gablete de uno de los pilares (foto autor).

para la corona de espinas y otros más para cada una de las reliquias restantes), el templete pamplonés fue pensado como marco monumental de otro receptor de reliquias, en este caso el sarcófago de plata, en cuyo interior quedaron guardados el relicario menor del santo sudario, el del santo sepulcro, el de la mesa de la última cena y, ya sin receptáculos propios, cierto número de otras reliquias. La *Grande Châsse* se elevaba sobre cuatro leones, como el sarcófago de plata de Pamplona. La diferencia fundamental consiste en la feliz ocurrencia de desplegar una escena muy adecuada, la *Visitatio Sepulcri*. Del modelo parisino proceden otros detalles, como los remates de los gabletes, las gárgolas, los soportes de leoncillos, etcétera.

Otros elementos tienen muy cercanos paralelos en la arquitectura parisina en torno a 1250. En particular debemos señalar el impacto que pudo causar la edificación de la fachada septentrional del transepto de la catedral de Notre-Dame,alzada por Jean de Chelles años antes de su fallecimiento en 1258<sup>50</sup>. Los angelillos músicos alojados bajo gabletes en los pilares del relicario

pamplonés (fig. 13) se asemejan a los que vemos con la misma iconografía emplazados de modo parecido a ambos lados de la gran rosa (y también al que remataba el piñón occidental de la gran nave catedralicia<sup>51</sup>). La esbeltez del chapitel del relicario y el modo como se adorna mediante trilóbulos y cuadrilóbulos también se parece al sistema ornamental de los gabletes de dicha fachada<sup>52</sup>.

En cuanto a la composición de la *Visitatio* y su integración en el marco arquitectónico, Gauthier afirma que es “el único ejemplo de un relicario de puesta en escena, todo entero concebido como una arquitectura abierta y poblada de personajes”<sup>53</sup>. Gaborit-Chopin considera que su concepción “esce-

<sup>50</sup> A. ERLANDE-BRANDENBURG, *Notre-Dame de Paris*, París, 1997, p. 158-159.

<sup>51</sup> A. ERLANDE-BRANDENBURG, *Notre-Dame de Paris*, París, 1997, p. 124.

<sup>52</sup> Otras comparaciones de elementos arquitectónicos góticos franceses en D. LÜDKE, *Die Statuetten der gotischen Goldschmiede*, Munich, 1983, núm. 216, t. II, p. 586, nota 2, y en R. SUCKALE, “Réflexions sur la sculpture parisienne à l’époque de Saint Louis et de Philippe le Bel”, *Revue de l’Art*, nº 128 (2000-2), p. 36. Ciertos detalles tienen sus precedentes en otros relicarios arquitectónicos de mediados del siglo XIII, como el diseño reticulado del tejadillo, que encontramos como fondo en el panel central del de Saint Taurin de Evreux (1240-1255).

<sup>53</sup> M. GAUTHIER, *Les routes de la foi. Reliques et reliquaires de Jérusalem à Compostelle*, París, 1983, p. 154.

nográfica” coincide con la del relicario de San Francisco y Santa Clara de Asís y con los de la Huida a Egipto de Savona y Gaeta, lo que le llevó a retrasar la fecha de ejecución de la obra pamplonesa. Una comparación tan oportuna merece ser analizada con detenimiento.

Quien ideó el relicario pamplonés no pensó sólo en una escena con figuritas, sino –como señala Gauthier– en integrarla dentro de un marco arquitectónico específico, tras un arco lobulado con gablete, con el contenido simbólico que acabamos de explicar. Trasunto como he expuesto del baldaquino parisino, hemos de valorar cuál es el factor determinante a la hora de proponer una datación. Podemos aplicar con Gaborit-Chopin un razonamiento de naturaleza estadística: si abundan los relicarios “escenográficos” con figuritas hacia 1300, el ejemplar pamplonés hubo de realizarse en esas fechas. O bien podemos preferir valorar las especificidades de nuestra obra: la perfecta conjunción de un marco muy particular, a la manera del baldaquino parisino, con un grupo adecuado al conjunto de reliquias allí custodiado. A mi entender la elaboración del relicario pamplonés se entiende mucho mejor en el caso de haberse realizado en fechas muy próximas a las del baldaquino (1254). Una obra como la que nos ocupa, encargada por San Luis o su yerno, bien pudo introducir novedades, “adelantarse” a su tiempo e inaugurar una tipología, la de los relicarios “escenográficos”, llamada a tener gran éxito en las décadas siguientes, aunque simplificada en la medida en que perduran los grupos pero no su instalación en arquitecturas diáfanas (el relicario de Asís tiene arquitectura de fondo, no diáfana, y los de Savona y Gaeta carecen de enmarque; tampoco el relicario de Santa Gertrudis de Nivelles optó por el marco diáfano). Existe otro relicario que nos recuerda al pamplonés en cuanto a la presencia de figuritas en un marco diáfano, el del *lignum crucis* de Charroux (Vienne), que incluye flores de lis y castillos, lo que ha llevado a considerarlo de tiempos de San Luis o quizá de Felipe III<sup>54</sup>.

Ciertos paralelos en escultura monumental ayudan a contextualizar el carácter escenográfico de nuestro relicario. Lüdke llamó la atención acerca del parecido existente con la composición del sepulcro de Felipe Dagoberto en Royaumont, emplazado bajo un baldaquino de frente trilobulado apoyado en cuatro pilares<sup>55</sup>.

#### 4.4. Esmaltes y estatuillas

Según M. M. Gauthier: “El estilo de las estatuillas y la presencia de los esmaltes deja pensar, por el contrario, que [el Relicario del Santo Sepulcro] no fue ejecutado sino en los últimos decenios del siglo XIII, (...) en el gusto del entorno regio francés”<sup>56</sup>. Pero no aporta términos de comparación que respalden tal cronología. Considera los esmaltes extraños al arte lemosino o renano: “es quizá el fruto de una tradición parisina aniquilada e ignorada, quizá más bien de un redescubrimiento, nacido entre Hainaut, Artois e Île-de-France”<sup>57</sup>.

<sup>54</sup> A. FROLOW, “Le médaillon byzantin de Charroux”, *Cahiers Archéologiques*, XVI (1966), p. 39.

<sup>55</sup> D. LÜDKE, *Die Statuetten der gotischen Goldschmiede*, Munich, 1983, núm. 216, t. II, p. 585.

<sup>56</sup> M. M. GAUTHIER, *Les routes de la foi. Reliques et reliquaires de Jérusalem à Compostelle*, París, 1983, p. 154.

<sup>57</sup> M. M. GAUTHIER, *Émaux du moyen âge occidental*, Friburgo, 1972, p. 196.

En los últimos años han sido estudiadas con detalle otras piezas esmaltadas probablemente en París a finales del siglo XIII y principios del XIV. Todas ellas responden a parámetros muy distintos a los del relicario pamplonés, ya sea en el diseño de los motivos florales, ya en los colores utilizados. Hay que reseñar especialmente las diferencias con los esmaltes de Santa Gertrudis de Nivelles (1272-1298), ya que ambos relicarios han sido puestos continuamente en comparación. Los de Nivelles juegan con colores saturados (azulón, granate) sobre fondo muy oscuro (verde esmeralda intenso), contrastando con florecillas blancas o amarillas y un diseño lobulado o estrellado blanco. Pertenecen a un tipo muy particular, los llamados *émaux de plique*, hermosas y costosas piezas habituales en los encargos de mayor lujo y, en palabras de D. Gaborit-Chopin, “especialidad de los orfebres parisinos de este período”<sup>58</sup>. No los vemos en Pamplona, pese a la calidad del encargo. Al contrario, los esmaltes del relicario pamplonés son opacos (fig. 14), netamente anteriores a los de Santa Gertrudis de Nivelles, como señaló R. Didier<sup>59</sup>. Incluyen diseños lobulados y motivos vegetales en verde luminoso, turquesa, amarillo, granate y blanco, pero carecen del fondo oscuro que realza estas tonalidades en los *émaux de plique*. Además, las hojas son de un tamaño que no juega con lo diminuto, como en dicha especialidad parisina, en la que parecen salpicar la superficie.

Gaborit-Chopin estima que las similitudes del relicario del Santo Sepulcro con la Sainte Chapelle corresponden, como en el caso del relicario de Santa Gertrudis de Nivelles, a un arcaísmo que no le extraña hacia 1300. Suckale, en cambio, concluye que “nunca en esa época una obra con orientación retrospectiva es arcaizante en todas sus partes”, y advierte la presencia de otros elementos (yelmo, atuendos) que resultarían desfasados hacia 1300<sup>60</sup>. Prefiere Gaborit-Chopin recalcar las vinculaciones formales con el relicario con San Francisco y Santa Clara de Asís. La investigadora llama primero la atención sobre la semejanza de las minúsculas gárgolas en forma de dragoncillos. Pero tanto en el caso de Pamplona como en el de Asís, dichas gárgolas delatan una inspiración común en el baldaquino de la Sainte Chapelle o arquitecturas contemporáneas, donde ocupaban lugar y función similares.

A continuación asevera que las santas mujeres de Pamplona hacen pensar sobre todo en las estatuas femeninas de Nivelles y en las figuritas de clarisas de Asís. Observadas con detenimiento (fig. 15), a mi juicio la relación con Nivelles es válida hasta cierto punto, pero no la de Asís, ya que tanto las figurillas de clarisas como las de Santa Clara y San Francisco adoptan una exagerada curvatura, típica del entorno parisino hacia 1300. En cambio, las estatuillas pamplonesas manifiestan un movimiento gracioso, no tan acusado, es decir, el propio de mediados del siglo XIII; sus plegados resultan más sencillos y la manera como van sujetos los mantos, apenas colocados sobre los hombros y con cordoncillos ante el pecho, coincide con el modo más frecuente a mediados del siglo XIII, aunque ciertamente perduró en obras posteriores. El modo como se ornamentan las orlas, mediante losangeado, tiene su paralelo escultórico más cercano en las man-

<sup>58</sup> D. GABORIT-CHOPIN, “Orfèvrerie, émailleurie”, en *L'art au temps des rois maudits. Philippe le Bel et ses fils 1285-1328*, París, 1998, p. 207.

<sup>59</sup> R. DIDIER, “Le décor de la châsse”, en *Un trésor gothique. La châsse de Nivelles*, París, 1996, p. 178.

<sup>60</sup> R. SUCKALE, “Réflexions sur la sculpture parisienne à l'époque de Saint Louis et de Philippe le Bel”, *Revue de l'Art*, n° 128 (2000-2), p. 36-37.



Fig. 14. Relicario del Santo Sepulcro. Detalle de los esmaltes del sarcófago (foto autor).



Fig. 15. Relicario del Santo Sepulcro. Detalle de las santas mujeres (foto autor).

gas de una imagen femenina del claustro catedralicio de Burgos, concretamente la llamada “doña Violante” (o “doña Beatriz”), tallada a mediados del siglo XIII.

En tercer lugar, vincula una de las Marías pamplonesas con la estatua de Santa Magdalena de la catedral de Burdeos (hacia 1300-1305) y el ángel con otros ángeles de Nivelles, Ascoli Piceno y Santo Domingo de Bolonia. En su detallado análisis del relicario de Nivelles, Didier expuso las dificultades que entraña el análisis comparativo para las grandes obras de platería surgidas del foco parisino a finales del siglo XIII. Sostuvo la existencia de cierta relación con el relicario pamplonés en el tratamiento de los rostros, que por otra parte podían vincularse con las obras derivadas del foco escultórico de Reims hacia 1260. Concluyó que en general “los orfebres del relicario de Santa Ger-

trudis beben directa o indirectamente en un fondo estilístico parisino elaborado a veces antes de mediados del siglo XIII”, aunque también existen estatuillas más avanzadas, incluso posteriores a 1280, y entre ellas menciona expresamente los ángeles de los nichos del piñón<sup>61</sup>.

Tanto en los ángeles de Nivelles como en los del relicario de San Luis de Santo Domingo de Bolonia, la concepción del rostro y de los ojos es diferente a los pamploneses, como se aprecia en las líneas que definen las mejillas y las que marcan los párpados. También el cabello es distinto, de rizos más volumétricos en el caso pamplonés (más parecidos a los belgas que a los italianos). La postura de los italianos desarrolla un armonioso patrón ondulado, mucho más acentuado que el apreciable en las figuras pamplonesas (cuyo ángel está sentado). Los de Bolonia carecen de orlas en el vestido, rasgo definidor de los atuendos pamploneses, y despliegan un excelente juego de suaves plegados, mejor conseguido que en el caso pamplonés (fig. 16). Por otra parte, muestran un peculiar diseño de alas, que no prolongan las plumas más exteriores, muy distinto a la solución de Pamplona. A mi juicio, las semejanzas no son tantas como para aproximar el Relicario del Santo Sepulcro a fechas posteriores a 1297, que son las apropiadas al boloñés.

La primera noticia sobre el ángel de Ascoli sitúa su llegada en 1290, como regalo de un rey de Francia a cambio de un diente de Santo Domingo. Su aparente parecido formal con el ángel de Pamplona flaquea cuando analizamos los cabellos del italiano, menos naturalistas y volumétricos, y ordenados de distinto modo (los bucles se reparten de manera uniforme rodeando todo el rostro en Pamplona, mientras se concentran en las sienes y en la parte alta de la frente en el italiano; también en escultura el reparto más uniforme es frecuente en el tercer cuarto del siglo XIII y la concentración en tres puntos más habitual en el cuarto y a comienzos del siglo XIV); el tratamiento del rostro, más plano y de ojos menos rasgados que el pamplonés; su mayor esbeltez y el empleo de soluciones compositivas y ornamentales muy diferentes en alas y vestiduras.

A mi entender, las figurillas del relicario pamplonés, más cuidadas en rostros y en composición general que en el tratamiento de los plegados, obedecen a pautas propias de mediados de siglo. Se han sugerido, especialmente por Lüdke, buen número de semejanzas con la escultura en piedra contemporánea<sup>62</sup>. Conviene añadir que las formas de los leoncillos que soportan la peana pamplonesa (fig. 17) resulta especialmente próxima a obras que suelen datarse en el tercer cuarto del siglo XIII, como el políptico-relicario de la Vera Cruz proveniente de Floreffe (Louvre) y el relicario en forma de capilla procedente de la abadía de Sainte-Austreberthe (hoy en la iglesia de Saint-Saulve de Montreuil-sur-Mer).

De cualquier modo —como he expuesto con anterioridad— no se trata de ver si estadísticamente determinados rasgos abundaron más en 1255 o en 1285, sino en concluir la existencia o no de formas y soluciones inexplicables en 1255 y en cambio muy probables en 1285, de tal manera que contrarres-

<sup>61</sup> R. DIDIER, “Les statuettes, la sculpture architecturale, les figures d’applique et les reliefs du toit”, en *Un trésor gothique, la chasse de Nivelles*, París, 1996, p.171-172. Sobre el ángel, Suckale establece comparación con la figurita de un relicario en la Pierpont Morgan Library de Nueva York: ibídem.

<sup>62</sup> D. LÜDKE, *Die Statuetten der gotischen Goldschmiede*, Munich, 1983, núm. 216, t. II, p. 586, nota 3. Al inconveniente de comparar técnicas y materiales diferentes se une la propia dificultad de datación que muchas de estas obras de escultura monumental ofrecen.



Fig. 16. Relicario del Santo Sepulcro. Detalle del ángel de la *Visitatio Sepulcri* (foto autor).



Fig. 17. Relicario del Santo Sepulcro. Detalle de uno de los leones del basamento (foto autor).

ten los argumentos de otra naturaleza hasta ahora expuestos. Creo que no es así. A este respecto, resulta significativo que el estudio más detallado sobre estatuillas realizadas por orfebres góticos mantenga para el relicario pamplonés la cronología tradicional hacia 1255<sup>63</sup>.

<sup>63</sup> D. LÜDKE, *Die Statuetten der gotischen Goldschmiede*, Munich, 1983, núm. 216, t. II, p. 584-586.

#### 4.5. Conclusiones: promotor y cronología

Pocos argumentos quedan por examinar. M.M. Gauthier dudaba que una pieza tan rica pudiera haber salido indemne del asalto a la catedral acontecido durante la guerra de la Navarrería (1276)<sup>64</sup>. No ha tenido en cuenta que otra obra igualmente lujosa y magnífica se salvó: la imagen de plata titular del templo, conocida como Virgen del Sagrario<sup>65</sup>. El mismo respeto o previsión con vistas a su salvación que hubo hacia la rica imagen mariana pudo haber merecido el precioso relicario. Y en caso de haber sido robado o destruido un hipotético relicario destinado a la espina ¿se habría salvado el contenido y no el continente?

Recordemos que no sólo se compraban y vendían las piezas de oro y plata, sino que las reliquias alcanzaban precios mucho más altos, como había acontecido con la propia corona de espinas, adquirida por San Luis mediante un fabuloso desembolso. Las cuentas relativas a la Sainte Chapelle demuestran que el gasto en la arquitectura y su ornamentación (incluidas vidrieras), unido a la suma correspondiente a la *Grande Châsse* no alcanzaba las ciento treinta mil libras que costó la corona<sup>66</sup>. El pillaje de la seo pamplonesa fue vandálico, sin respeto ni por las tumbas de los reyes. La espina y no sólo su relicario hubieran constituido sustancioso botín.

Quienes han propuesto fechas de realización más tardías se han visto obligados a buscar otros promotores. M. M. Gauthier: lo atribuyó a Isabel, la hija de San Luis, que habría realizado el encargo tras enviudar de Teobaldo II<sup>67</sup>. Sin embargo, su argumentación estaba basada en una equivocada fecha de fallecimiento de la joven viuda, puesto que no murió en 1300 sino en 1271, año atestiguado por una carta del propio rey de Francia Felipe III, hermano de Isabel, al capítulo general de los dominicos reunido en Montpellier<sup>68</sup>.

M. C. Heredia planteó que fuera un regalo a la catedral con motivo del matrimonio entre Juana I de Navarra y Felipe IV el Hermoso de Francia en 1284<sup>69</sup>. A la misma pareja lo asigna Gaborit-Chopin, tras descartar que pudiera haberlo traído al reino navarro Luis el Hutín con motivo de su coronación<sup>70</sup>. Afirma que el riquísimo relicario podría haber sido un presente a manera de desagravio por las tropelías cometidas por las tropas francesas en el asalto a la catedral de 1276. Creo conveniente señalar que tendríamos entonces un regalo enviado desde París por una reina que no se caracterizó por sus desvelos hacia el pequeño reino pirenaico (al que nunca acudió) y que de-

<sup>64</sup> Sobrevalorar la importancia del asalto, en cuanto que habla de “*son pillage et sa destruction totale de 1277*”. Hubo ciertamente saqueo y destrozo, por ejemplo, de tumbas esmaltadas, pero no total, ya que el edificio románico todavía se mantuvo en pie sin apenas cambios más de cien años, hasta 1391.

<sup>65</sup> Incluso cabe la posibilidad de que en 1276 todavía estuviera en la catedral el retablo de esmaltes de Aralar, el cual, de haber sido así, también se habría salvado del asalto.

<sup>66</sup> J.M. LENIAUD y F. PERROT, *La Sainte Chapelle*, París, 1991, p. 50.

<sup>67</sup> M. M. GAUTHIER, *Las routes*, p. 154.

<sup>68</sup> E. MARTÈNE y U. DURAND, *Thesaurus novus anecdotorum*, París, 1717 (reed. 1968), t. IV, col. 1761-1763. Debo a Raquel García Aracón, gran conocedora del reinado de Teobaldo II, la comunicación de esta referencia.

<sup>69</sup> M.C. HEREDIA, “Relicario del Santo Sepulcro. Catedral de Pamplona”, en *Orfebrería de Navarra. 1. Edad Media*, Pamplona, 1986, p. 28.

<sup>70</sup> D. GABORIT-CHOPIN, “Reliquaire du Saint-Sépulcre”, en *L'art au temps des rois maudits. Philippe le Bel et ses fils 1285-1328*, París, 1998, pp. 195-196.

mostró en su testamento total indiferencia hacia la catedral pamplonesa. En efecto, cuando lo dictó en 1304, doña Juana se acordó de Navarra para dar nombre al colegio que acababa de fundar en París y que tan brillante porvenir habría de tener. Pero para poco más. Lo apreciamos con claridad al examinar sus legados a instituciones religiosas. Asigna en total más de 25.000 libras para las francesas. En cambio, para las navarras reserva 2.500, que reparte del siguiente modo: 500 para el hospital de Roncesvalles y el resto a distribuir “en nuestro reino de Navarra, a las pobres religiones, iglesias, casas de Dios, dispensarios y otras pobres personas”. Ni una alusión a la catedral a la que supuestamente habría regalado tan espléndido relicario<sup>71</sup>. Por el contrario, Teobaldo II sí ordenó mandas para el cabildo de la seo pamplonesa, concretamente una pitanza en el día de su aniversario. Consta que los canónigos celebraron dicho aniversario durante siglos<sup>72</sup>.

Admitiendo que el relicario fuera regalo de Teobaldo II, todavía podemos ir más allá y concretar la fecha de realización. Desde luego, ha de ser posterior a la edificación de la Sainte Chapelle y a la elaboración del baldaquino, por tanto a 1254. El impresionante regalo de reliquias por parte de San Luis a Teobaldo difícilmente habría podido tener lugar antes de su matrimonio con Isabel, en 1255. La ocasión apropiada para que reliquias y relicario fuesen donadas a la catedral pamplonesa fue la coronación del monarca, en 1258. Con posterioridad, Teobaldo vino a Navarra desde Francia, donde prefería residir (de sus diecisiete años de reinado, según cálculos de García Arancón pasó poco más de cuatro en territorio navarro), en contadas ocasiones y sólo realizó una larga estancia en 1264<sup>73</sup>. Como conclusión, la fecha de realización más favorable va de 1255 a 1258. Quizá no sea casualidad que esta datación del regalo coincida con la que suponía Moret en el siglo XVII. El analista decía que en 1258 había traído el rey a Pamplona el hermoso relicario, vinculándolo al matrimonio con Isabel de Francia. Sabemos que estaba equivocado en la fecha del enlace. ¿La habría tomado de alguna referencia hoy desconocida que recordara la recepción en tal año de la obra que hemos estudiado?

## RESUMEN

A partir de fuentes escritas y gráficas novedosas, la investigación pretende demostrar que el llamado relicario de la Santa Espina (Catedral de Pamplona, España) fue realizado para ser incorporado al relicario del Santo Sepulcro, probablemente por encargo de doña Blanca (reina viuda de Sicilia y futura reina de Navarra) entre 1415 y 1423. Se prueba que el Relicario del Santo Sepulcro contuvo desde la Edad Media hasta el siglo XIX la reliquia de la Santa Espina, junto a otras provenientes de Tierra Santa regaladas por San Luis. Se analiza el proceso de restauración a que fue sometido en el siglo XX. Y se reúnen ar-

<sup>71</sup> Otra cosa es el desagravio o satisfacción económica hacia el cabildo catedralicio, que formó parte de un enojoso pleito durante largos años. En su desarrollo nunca se menciona el relicario. Lo estudió J. Goñi Gaztambide, *Historia de los obispos de Pamplona. I. Siglos IV-XIII*, Pamplona, 1979, p. 680 ss.

<sup>72</sup> Puede verse la manda testamentaria en R. GARCÍA ARANCÓN, *Teobaldo II de Navarra, 1253-1270. Gobierno de la monarquía y recursos financieros*, Pamplona, 1985, p. 176. Sobre su cumplimiento, por ejemplo en 1412 consta el pago de cien sueldos a la catedral de Pamplona por el aniversario del monarca champañés: CAGN, XXIX, 1265. Es admirable el cumplimiento de los aniversarios por dicho rey en los numerosos conventos mendicantes que había citado en su testamento.

<sup>73</sup> R. GARCÍA ARANCÓN, *Teobaldo II de Navarra, 1253-1270. Gobierno de la monarquía y recursos financieros*, Pamplona, 1985, pp. 46-54.

gumentos para concluir que el relicario del Santo Sepulcro, espléndida obra de la platería parisina muy vinculada a creaciones arquitectónicas, escultóricas y suntuarias del entorno de 1250, pudo haber sido regalado por Teobaldo II en 1258 a la catedral pamplonesa.

#### ABSTRACT

Making use of literary sources and old photographs full of novelties, this research tries to prove that the so-called Holy Thorn Reliquary (Pamplona Cathedral, Spain) was made to be incorporated to the Holy Sepulchre Reliquary, probably between 1415 and 1423, commissioned by Blanca de Navarra (at that time dowager queen of Sicily). It's demonstrated that this Holy Sepulchre Reliquary always contained the holy thorn together with other relics from Holy Land given by Saint Louis. It's described the restauration processing in XX century. Arguments are combined to conclude that the Holy Sepulchre Reliquary, wonderful work of parisian goldsmiths closely bound to architectural, sculptural and sumptuary works around 1250, could have been given by king Teobaldo II to Pamplona Cathedral in 1258.